La moral cristiana como seguimiento de Jesús*

Diego Fernando Ospina Arias, O.F.M. **

Fecha de recepción: 27 de enero de 2011
Fecha de aprobación: 4 de abril de 2011

Resumen

Este trabajo pretende insertar la moral cristiana al interior de todo el dinamismo (llamada-respuesta) de la vida cristiana que se expresa de manera excelente y sobre todo "normativa" en la categoría evangélica de seguimiento de Jesús.

Palabras clave: *Moral, vida cristiana, seguimiento de Jesús, llamado, respuesta.*

Estructura básica de la vida cristiana: llamada y respuesta

Sólo es posible entender la vida cristiana a partir del proceso revelatorio de Dios, por el cual él aparece como quien siempre, desde siempre y por siempre toma la iniciativa de revelarse al ser humano, y éste le responde en libertad.[1] En tal sentido, el creyente es quien responde libre y

---

* Artículo presentado como trabajo final del seminario doctoral de Teología moral (2006), dirigido por el profesor Alberto Múnera, en la Pontificia Universidad Javeriana.

** Sacerdote franciscano. Licenciado en Teología de la Pontificia Universidad Javeriana; Magíster en Sagrada Escritura del Pontificio Instituto Bíblico de Roma; Candidato al Doctorado en Teología de la Pontificia Universidad Javeriana; director de la Especialización en Educación y Sagrada Escritura, de la Fundación Universitaria Católica *Lumen Gentium;* miembro del grupo de investigación Teología y Sociedad. Correo electrónico: diosar71@hotmail.com

[1] "El cristianismo es una religión de personas salvadas, donde Dios toma la iniciativa de ofrecernos su cercanía y amistad. Y para ello, lo primero e imprescindible es tomar conciencia de sentirnos salvados, de que esta gracia no es un derecho o una conquista que el individuo obtiene con su buen obrar." (López Azpitarte, *Fundamentación de la ética cristiana,* 263).

conscientemente a la iniciativa gratuita y amorosa de Dios. Su respuesta no es causa sino consecuencia de la revelación soberana de Dios.[2]

En esta estructura fundamental de la vida cristiana, de llamado gratuito y respuesta libre, se inserta la dimensión moral cristiana, y desde ella es posible comprenderla como la forma de vida que adopta el creyente, acogiendo la presencia amorosa de Dios y actuando modelado e inspirado por el mismo obrar de Dios.[3] Se trata de una perspectiva relacional, que da cuenta de la fe, y por consiguiente, de la moral, como un dinamismo de encuentro interpersonal[4] que incorpora el elemento normativo, sin que éste sea el único, o el que propiamente la define, y

[2] "Dios ha querido amarme y por amor me ha dirigido su Palabra, esa palabra eterna y sustancial, que es el Verbo, y yo debo responder a esa Palabra desde lo más hondo de mi personalidad. En esta respuesta o, mejor dicho, es esta responsabilidad consiste precisamente la vida moral […]. La existencia humana ha de concebirse como una responsabilidad a la vocación divina, como un sí a Dios, que compromete toda la existencia […] cada hombre es conocido y amado por personalmente Dios. El hombre no es sólo objeto del querer de Dios, sino que se encuentra ante Dios como una persona viva. Por eso no puede permanecer neutral ante él, sino que puede y debe dar su respuesta al llamado de Dios […]. La capacidad de responder se convierte en responsabilidad." (Hortelano, *Problemas actuales de moral,* I, 71 y 81).

[3] "El cristiano tiene que sentirse salvado por la presencia desconcertante y amorosa de Dios. Es decir, la ética humana exige un despliegue hacia lo sobrenatural, debe penetrar en una atmósfera religiosa, quedar transformada por una fuerza superior que descentre al individuo de su preocupación ética, como objetivo primario, y lo desligue de su afán perfeccionista. El creyente ha de buscar, por encima de todo, un encuentro de amistad mucho más que su propia autorrealización. Es un ser cuya meta y centro de gravedad adquiere un nuevo destino: se siente llamado a una vida de relación personal con Dios, que le ofrece su amistad […]. Lo único que le interesa en adelante es responder a las exigencias de semejante vocación con una actitud de obediencia filial y sumisa a los imperativos de su Señor." (López Azpitarte, *Fundamentación de la ética cristiana,* 269). "Este diálogo humano-divino marcado por la procesualidad y la gradualidad se conforma, por tanto, como un devenir de carácter libre, creativo y de búsqueda. En esta dinámica de don divino total que nos convoca a una respuesta (nuestra tarea), lo primero es la realización práxica de esta relación Dios-hombre al estilo de Jesús." (Novoa, *El seguimiento histórico de Jesús según el espíritu,* 105).

[4] "Lo que ahora preocupa e interesa es vivir como hijos de Dios y responder a su llamada, que nos ha hecho conscientes de un nuevo destino. El cumplimiento de los valores no se vivencia como un camino válido para nuestra madurez y perfección, y mucho menos como un simple imperativo categórico, sino como la respuesta a una invitación y la aceptación de una amistad que él ha querido ofrecernos. La conducta, que a primera vista estaba demasiado centrada en sí mismo, se convierte en un lenguaje de entrega […] como gesto de fidelidad y cariño a una persona. En este sentido, la moral sería la ciencia que nos hace dóciles y obedientes a la palabra de Dios." (Ibid., 286).

que a su vez requiere ser ubicado en su justo lugar, desde la perspectiva relacional e interpersonal a la que hemos aludido.[5]

Lastimosamente, desde el hogar, nuestra formación humana ha estado condicionada por la recompensa, premio y castigo[6], lo cual ha influido en la manera de asumir la vida cristiana y de vivir la relación con Dios como un esfuerzo humano permanente por conseguir méritos ante él.[7] Ello ha hecho, entonces, que se ponga el acento en el cumplimiento estricto y ordenado de una serie de normas y obligaciones, que si bien es importante y necesaria, termina cosificando la relación con Dios, y sobre todo, eliminando el sentido de la necesidad de su acción salvífica, pues ya fue obtenida fruto de una mecánica meritoria.[8]

[5] "De cualquier manera, si la imagen exige una configuración con el modelo, la ética cristiana no va a ser tanto la obediencia a un precepto o la sumisión a unos valores, sino la conformidad creciente a una persona. Parecerse a Dios será uno de los motivos más determinantes de la conducta; y tal semejanza, que nos asimila como hijos al Padre, permite discernir sus rasgos más característicos en nuestro estilo de vida […]. Esta semejanza inicial […] San Pablo la concibe ya como una mimesis dinámica, objeto de un trabajo permanente, para que la imitación sea cada vez más profunda y completa: 'Como hijos queridos de Dios, procurad pareceros a él' (Ef 5,1)." (Ibid., 275).

[6] "Desde pequeños aprendimos que la obediencia y la buena conducta consiguen el premio deseado […] de la misma manera múltiples vivencias nos hicieron descubrir que la trasgresión y el mal comportamiento provocan el rechazo, la condena y el remordimiento interior. Estamos, por tanto, acostumbrados a recibir el premio del amor como fruto del buen comportamiento. La recompensa se merece con el esfuerzo y los méritos acumulados. Por eso, el rechazo y la condena son también merecidos cuando no se actúa de acuerdo con las normas exigidas […]. En una palabra, el amor no se experimenta como un don gratuito, sino como una conquista que se consigue con la buena conducta, que se vivencia como una injusticia ofrecerlo a quien no haya hecho los méritos suficientes. Hay, pues, un inconsciente colectivo que mercantiliza toda relación como un deber de justicia, sin espacio para la gratuidad. El bueno y obediente puede exigir lo que se merece." (Ibid., 264).

[7] "Es muy fácil que estas vivencias en las que nos han educado y que integramos en nuestro psiquismo con toda naturalidad, se hagan presentes también en nuestras relaciones con Dios. Cuando por la obediencia a la ley y con el esfuerzo de las buenas obras se cree merecer el beneplácito de Dios y su amistad o, por el contrario, se considera imposible, por la mala conducta, que él nos ame sin méritos de nuestra parte, brota de inmediato el fariseísmo." (Ibid., 265).

[8] "La moral corre, pues, el peligro de ofrecer, como ideal de perfección, un esteticismo virtuoso que deseamos alcanzar con un gasto enorme de energías. La meta se pone en superar cualquier deficiencia que impida ese objetivo, para sentirnos en el fondo satisfechos de cumplir con tal obligación, pero sin tener en cuenta que lo que vale es la plenitud de una entrega amorosa, a pesar y por encima de las propias limitaciones." (Ibid., 267).

Todo esto requiere entonces una visión antropológica que logre ubicar, en su justo lugar, tanto el papel del ser humano como la acción de Dios, de modo que, sin menguar ni mermar la importancia de la acción humana (tarea), se reconozca el carácter primero de la intervención divina (don).[9] Se trata de mantenerse con autenticidad en la línea de la Sagrada Escritura, y sobre todo, en la perspectiva de Jesús de Nazaret, quien rompió los esquemas éticos y teológicos de la cultura religiosa del judaísmo, al acercarse a los pecadores para ofrecerles su perdón y amistad sin ningún requisito previo, y al mostrar el amor de Dios, no como un premio a la virtud[10] sino como un regalo gratuito.

Pablo de Tarso será el seguidor de Jesús, quien después de pasar por la experiencia de la observancia legalista judía insistirá con mayor radicalidad en la necesidad de vivir la fe desde la acogida de la gracia divina, que es la única que justifica y salva. Sus cartas dan cuenta de esta comprensión de la fe, pero sobre todo son el testimonio de que el mismo Dios es quien busca la manera de entrar en relación íntima y estrecha con el ser humano, aun a pesar o por encima de las mismas instituciones religiosas que pretenden reducir la relación con él a un mero cumplimiento de deberes.

> Sabiendo que el hombre no queda justificado por las obras de la ley sino mediante la fe en Cristo y no por las obras de la ley, sino mediante la fe en Cristo Jesús, para alcanzar la justificación por la fe en Cristo y no por las obras de la ley; porque por las obras de la ley ningún viviente será declarado justo (Ga 2,16).[11]

[9] "No es fácil mantener un equilibrio armonioso entre la absoluta primacía de la gracia y la cooperación humana; pero como el riesgo mayor es el de apoyarnos con seguridad en nuestras fuerzas y posibilidades […] no sé si sería una bendición […] que, de vez en cuando, la providencia de Dios, a través de múltiples circunstancias imprevistas, nos despojara de todo lo que juzgamos necesario o conveniente para que, desnudos y sin recursos, trabajáramos con la esperanza puesta exclusivamente en Dios. A lo mejor tendríamos entonces una mirada mucho más limpia para comprender mejor la doctrina del Evangelio." (Ibid., 268). El autor afirma que es punto de partida de toda antropología sobrenatural permanecer abierta al don y a la gracia, aceptando la incapacidad de merecerla (cfr. ibid., 263).

[10] Ibid., 266.

[11] Cantera e Iglesias (eds.), *Sagrada Biblia. Versión crítica sobre los textos: hebreo, arameo y griego*.

La observancia de la Ley se había convertido, para los judíos aferrados al cumplimiento estricto de las prescripciones, en una mecánica que les hacía sentirse seguros y autosuficientes ante Dios, y por tanto con el derecho de despreciar a quienes ante sus ojos aparecían como "impuros e impíos". Pablo se dará cuenta de que sólo si abandona esa actitud autosuficiente y da cabida a la gracia de Dios, podrá experimentarlo plenamente.

> Y me ha dicho (el Señor): "Te basta mi gracia, pues la fuerza llega a su apogeo en la debilidad." Así es que con sumo gusto pondré más mi orgullo en mis debilidades, para que resida sobre mí la fuerza de Cristo. (2Co 12,9).[12]

Aunque el movimiento cristiano surgió de la ruptura que hicieron Jesús y sus primeros discípulos respecto del esquema mental y religioso de su época, se debe anotar que, a lo largo de la historia de la Iglesia, se ha vivido la tensión por mantenerse en la originalidad cristiana o regresar al anterior esquema; y han sido más fuertes y duraderos los periodos de regreso. Por eso, se hace necesario reivindicar nuevamente la estructura típica y relacional de nuestra fe cristiana:

> [Ella] Supone la experiencia íntima de sentirse acogido por Dios; de que una fuerza, más allá de nuestras posibilidades, nos ha situado a un nivel radicalmente distinto, en el que los méritos personales no constituyen ningún derecho. La fe no es el apéndice final de lo humano, como una especie de premio a nuestro buen comportamiento, sino que supone la ruptura de todo esfuerzo personal. Jesús vino para darnos la gran noticia: el ofrecimiento hecho por Dios al hombre de vivir en amistad con él.[13]

[12] "La fuerza de Dios pone su tienda en la debilidad e impotencia del hombre. La reacción, entonces se hace consecuente. Alegrarse en la propia incapacidad y limitaciones es la única forma de sentirse potente. El Espíritu nos da una visión muy distinta, que nos libera del apego a la misma perfección. Que la salvación se haya realizado por el pleno fracaso de Cristo será siempre un misterio incomprensible […] la salvación se realiza allí donde lo humano ha perdido toda su capacidad y autosuficiencia. Es la confesión más solemne de que no es el poder humano, del tipo que sea, el que salva y justifica sino la gratuidad asombrosa de su amor." (López Azpitarte, *Fundamentación de la ética cristiana,* 267-268).

[13] Ibid., 263.

Jesús de Nazaret: oferta definitiva del Padre y respuesta humana por excelencia

Los dos polos de la revelación se encuentran expresados de manera ex-celente en Jesús de Nazaret, quien en cuanto hijo es enviado por el Padre como su revelación última y definitiva, y a su vez hecho hombre se convierte en el modelo de respuesta humana: el siempre fiel, el *pleroma*.[14] Bien dice el autor del texto a los Hebreos: "En estos días finales nos habló en un Hijo" (Hb 1,2); y más adelante: "Aun siendo Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y perfeccionado, se convirtió en autor de salvación eterna para todos los que le obedecen" (Hb 5,8-9).

A partir de Jesús de Nazaret, la revelación de Dios padre pasa necesariamente por su Hijo, y a su vez la respuesta humana sólo puede estar dada en él y a través de él.[15] Puede decirse, si se sigue la estructura básica de la vida cristiana, que el Padre no sólo se nos reveló gratuitamente en Jesús de Nazaret sino que nos ofreció, en él, el paradigma de respuesta.[16]

[14] "Él, (Jesús) como icono del Padre –"imagen del Dios invisible" (Col 1,15)– es capaz, por una parte, de ser su expresión más exacta y adecuada, y de convertirse, por otra, en un modelo cercano y visible para nosotros. Dios ha querido acercarse al mundo para romper una barrera de lejanía que resultaba infranqueable […] para que su voz […] nos desvelara definitivamente su misterio […]. Toda la historia de la salvación y la existencia particular de cada elegido está orientada a esta única finalidad "hasta que Cristo tome forma en vosotros" (Ga 4,19). Si con anterioridad se trataba de reflejar la imagen de Dios, ahora, en esta nueva recreación […] Jesús aparece como el modelo por excelencia, al que se ha de imitar. De ahí que el tema de la imitación y seguimiento de Cristo haya tenido siempre un relieve importante en la espiritualidad de la vida cristiana." (Ibid., 275-276).

15 "A través del Hijo, Dios se incorpora activamente al proceso histórico; y por su Espíritu los hombres y la historia son incorporados a Dios mismo. Por ello, la vida del hombre puede ser descrita como participación en el proceso de Dios, que sería la traducción actual de la clásica formulación de participación en la vida divina. En Jesús se ha revelado el modo de participación en esa vida de Dios, en él se ha revelado el Hijo de Dios." (Sobrino, *Cristología desde América Latina. Esbozo a partir del seguimiento del Jesús histórico*, 198-199).

[16] "En el hombre-Jesús es donde la voluntad salvífica de Dios se manifiesta plenamente se realiza bajo una forma histórica que podemos vivir. La existencia humana de Jesús es un signo constitutivo del ofrecimiento divino de la gracia, no sólo porque como hombre Cristo es el que nos revela esa ofrenda del amor de Dios, sino también porque es el que ha aceptado esa ofrenda como 'hombre-para-nosotros'. Por ser hombre, es la forma acabada de la gracia, la

Jesús se constituye entonces en el definitivo absoluto por la que pasa nuestra relación con Dios padre.[17] Él vive una experiencia tan peculiar del Dios padre del Reino, que se entiende que lo último, para Jesús, sea realizar la voluntad de aquél en la historia. Se trata de una experiencia radical y originaria que motiva e informa toda la existencia de Jesús, y se articula en las actitudes fundamentales que configuran su personalidad: fidelidad inquebrantable a la voluntad del Padre y disponibilidad incondicional al servicio del Reino, al ser enteramente para los demás.

> En Jesús, a través de su vida entera configurada por esas actitudes fundamentales, se nos ha revelado lo que podríamos llamar "estructura fundamental y vinculante" de la respuesta fiel al Dios padre del Reino, es decir, del seguimiento.[18]

El Nuevo Testamento testimonia la comprensión progresiva que fueron haciendo las comunidades cristianas de este carácter sorprendentemente novedoso y definitivo de Jesús, hasta el punto de señalar, en él, la visibilización del Dios invisible y la accesibilidad del inaccesible –"que es imagen del Dios invisible" (Col 1,15a)– y reconocerle la misma autoridad divina, que llama y exige respuesta inmediata.[19]

---

forma 'que-puede-ser-vivida-en-la-historia'. Al encontrarlo es cuando comprendemos cómo la 'verticalidad' y la 'horizontalidad' se juntan entre sí." (Schillebeeckx, *Dios y el hombre. Ensayos teológicos,* 229).

[17] "El Hijo eternamente amado se hizo uno de nosotros. Y no un hombre cualquiera: el Hijo se transfiguró, se configuró con nosotros y se desfiguró haciéndose uno de los pobres y oprimidos […]. A partir de Jesucristo la relación religiosa del hombre con Dios no depende de la pertenencia étnica a un pueblo. No está vinculada a la Ley judía ni a los méritos propios. No depende de ritos o lugares sagrados. La relación religiosa con Dios brota de la gracia acogida en la fe. Está ofrecida a todos sin condiciones previas. Se inaugura en la actitud teologal que llamamos: fe-amor-esperanza. En Jesús, Dios nos sale al encuentro como gracia liberadora de la triple forma de angustia que atenaza radicalmente al hombre: pecado, destino, muerte." (Fernández, *El Cristo del seguimiento,* 86).

[18] Lois Fernández, *¿Qué significa ser cristiano como seguidor de Jesús?,* 20-21.

[19] "Jesús de Nazaret es el único camino que tenemos para conocer a Dios, sus palabras, sus hechos, sus ideales y sus exigencias. En Jesús se nos revela el Dios verdadero […]. Sólo en Jesús histórico conocemos realmente los valores de nuestra vida cristiana." (Galilea, *El seguimiento de Cristo*, 22).

San Pablo usa algunas veces las expresiones "segundo Adán" (1Co 15,45) o "Adán futuro" (Ro 5,14), al presentar a Jesús como prototipo del hombre y del hombre nuevo. El nuevo Adán engloba la vida humana, pues es la promesa hecha vida que se convierte en modelo concreto para el hombre en la realización de la fe, la esperanza y el amor: él es el hombre perfecto, modelo de la verdad de todo hombre y clave de comprensión de su ser.[20]

La relación con Jesús se expresa en su seguimiento

El carácter definitivo y último de la revelación de Dios en Jesús de Nazaret se expresa en el Nuevo Testamento a través de la conciencia manifiesta de que el cumplimiento de la Ley, pese a su importancia como mandato divino, ya no basta para la salvación, sino que es necesaria y fundamental la relación con Jesús.[21]

Los evangelios se refieren a la relación con Jesús por medio de la categoría "seguimiento"[22], que está basada en la estructura de llamada y respuesta. De ahí que los textos evangélicos en los que aparece de

[20] Gutiérrez, *Cristología y moral: el seguimiento de Jesucristo como compromiso con la justicia,* 187.

[21] Schillebeeckx, *Jesús. La historia de un viviente,* 205. "La verdad de que somos creyentes cristianos, hijos del Padre Dios, se verifica en el recorrido real del camino concreto de la filiación, es decir, en el seguimiento de Jesús (por haberse revelado en él, que es el Hijo, el único camino auténtico para realzar el proceso de filiación, el único modelo verdadero de corresponder con fidelidad a la voluntad del Padre)." (Louis Fernández, *¿Qué significa ser cristiano como seguidor de Jesús?*, 16-17).

[22] "La relación fundamental del creyente con Jesús se expresa en los evangelios mediante la metáfora del seguimiento. Esto quiere decir que, según los evangelios, hay verdadera relación con Jesús y auténtica fe donde hay seguimiento del mismo Jesús. Y que no existe esa relación ni esa fe donde el seguimiento falta. Dicho de otra manera, es creyente el que sigue a Jesús […]. Podemos afirmar que cuando los autores de los evangelios nos hablan del seguimiento de Jesús, con esas palabras nos señalan cómo tiene que ser la fe cristiana en su formulación más auténtica. En este sentido, se ha dicho muy bien que la fe se realiza en su profundidad definitiva sólo mediante una orientación total a Jesús, mediante una vinculación de la propia vida a la de él, acometiendo la tarea de seguirle. El seguimiento expresa, por tanto, la relación fundamental del creyente con Jesús […]. Todo el que quiera estar con Jesús, no tiene más camino que el seguimiento. No hay participación en la luz, ni pertenencia a Jesús, ni servicio incondicional a su causa fuera del seguimiento […] la Palabra evangélica nos presenta el criterio recto y cabal, el único criterio aceptable en esta materia: no hay fe verdadera fuera del seguimiento de Jesús." (Castillo, *El seguimiento de Jesús*, 15-16 y 18-19).

manera explícita dicha estructura sean llamados "textos de vocación", y estén organizados bajo un esquema estereotipado, que responde más a una construcción literaria, que a un relato estrictamente histórico. Según Schillebeeckx, el esquema sería el siguiente:

> (a) Jesús pasa (Mc 1,16.19; 2,14); (b) ve a alguien (Mc 1,16.19; Jn 1,47); (c) indicación de la actividad profesional de ese hombre (Mc 1,16.19; 2,14; Lc 5,2); (d) la llamada (Mc 1,17-20; 2,14; Jn 1,37); (e) dejarlo todo (Mc 1, 18.20; no aparece en Mc 2,14, pero sí en Lc 5,11.28); (f) el llamado sigue a Jesús (Mc 1,18.20; 2,14; Lc 5,11).[23]

En los textos citados aparece claro que las frases y los verbos usados para indicar la llamada y señalar la respuesta dan cuenta de un movimiento en pos de o detrás de Jesús, que se refieren propiamente al seguimiento, en cuanto ponerse detrás de otro, considerado referente, maestro, guía, etc. Tales formas gramaticales son: δεῦτε ὀπίσω μου - ἠκολούθησαν αὐτω: vengan detrás de mí - le siguieron (Mc 1,17.18); καὶ εὐθὺς ἐκάλεσεν αὐτούς. - ἀπῆλθον ὀπίσω αὐτοῦ: los llamó - se fueron detrás de él (Mc 1,20); ἀκολούθει μοι - ἠκολούθησεν αὐτω: sígueme - lo siguió (Mc 2,14); ἠκολούθησαν αὐτῷ: lo siguieron (Lc 5,11); ἠκολούθησαν τῷ Ἰησοῦ - λέγει αὐτοῖς· ἔρχεσθε: siguieron a Jesús - y les dijo: vengan (Jn 1,37.39).

A la hora de abordar el tema del seguimiento, varios de los autores estudiados[24] son cada vez más precisos en diferenciar el seguimiento prepascual y el seguimiento pospascual.[25]

[23] Schillebeeckx, *Jesús. La historia de un viviente*, 202.

[24] Martin Hengel, Senén Vidal, Manuel Gesteira, Santiago Arzubialde, Marciano Vidal y Edward Schillebeeckx.

[25] "…la meta del Jesús histórico no era precisamente obligar a todos los oyentes a hacerse sus 'discípulos' en el sentido propio del término. El núcleo de su mensaje no lo constituía él mismo, su persona y su poder, sino la voluntad incondicional de Dios, de que iba a irrumpir próximamente la *basileia tou Theou* […]. Los oyentes no tenían que optar primariamente por la persona de Jesús, sino por su mensaje acerca de la proximidad del Dios de la gracia y del juicio, aunque, en conjunto, no pueden separarse la predicación y la persona de Jesús, sobre todo después de complementarse con las curaciones en la que se hacía visible el signo 'de que el Reino de Dios está irrumpiendo' […]. La llamada de Jesús se hace pública ante la perspectiva del Reino de Dios en irrupción y emplaza a cada uno de los llamados, rompiendo sin condiciones con todos los compromisos, a la comunión de vida y destino con él y, al mismo tiempo, al servicio de la causa de la *basileia* […] seguimiento y discipulado empezaron a ser expresión absoluta de la existencia cristiana en la comunidad pospascual, perseverando en la idea de que

– El seguimiento prepascual tiene un significado soteriológico y no expresamente cristológico. Antes de Pascua no se habla de convertirse a Jesús; esta idea supone una cristología explícita. Los discípulos siguen a Jesús haciendo lo que él hace: anunciar el mensaje del Reino de Dios, curar a enfermos y expulsar demonios; y esto deben hacerlo con una actitud vital que refleje la praxis del Reino de Dios, tal como la vive Jesús con la palabra, la parábola y la acción.[26] De este modo, el seguidor es un acompañante, cuya función principal es colaborar en la misión del profeta itinerante Jesús.[27] Los estudiosos del seguimiento insisten en la particularidad y singularidad del seguimiento prepascual, diferenciándolo de otros fenómenos afines de su época, tanto en el judaísmo como en el helenismo, y señalan que una de sus notas características fue la no intención de Jesús de formar un grupo de aprendices-alumnos-imitadores[28], sino de convocar seguidores entregados al servicio del Reino.

---

todos los creyentes estaban puestos al mismo tiempo al servicio del Cristo de Dios." (Hengel, *Seguimiento y carisma,* 92 y 128). "La forma de seguimiento prepascual en la que los discípulos iban literalmente detrás de Jesús por los caminos de Galilea y pudieron participar no sólo en su misión, sino también en su vida, después de Pascua pasó a ser la comunión con Jesucristo elevado." (Wandenfels, Hans. *Teología fundamental contextual,* 371).

[26] Schillebeeckx, *Jesús. La historia de un viviente,* 206.

[27] "El sentido del seguimiento de Jesús hay que buscarlo en el sentido del acontecimiento salvador del Reino de Dios a cuyo servicio estaba. Dos (eran los) centros claves de ese servicio al Reino de Dios. El primero y fundamental fue la misión (proclamación y actualización) del Reino de Dios […] el segundo centro está entroncado con el primero. Lo mismo que toda la actividad misional de Jesús y de sus 'seguidores' fue signo de la irrupción del Reino de Dios, así también hay que decir que el mismo hecho del 'seguimiento' y su realización concreta fue signo de la presencia del Reino de Dios y de su potencia transformante." (Vidal, "El seguimiento de Jesús en el Nuevo Testamento. Visión general", 22,23).

[28] "El 'seguimiento' de Jesús no tenía, entonces, la intención de formar un grupo especial de 'elegidos' (al estilo de una 'secta') o de 'apéndices' de sus enseñanzas para su transmisión posterior (al estilo de una 'escuela'). Su sentido no era tampoco la 'imitación' de Jesús, ni siquiera, exactamente, el estar 'en compañía' suya o el 'compartir su vida' sino, precisamente, el participar y colaborar en su misión al servicio del Reino. Claro, eso exigía una comunión con él y una participación en su destino." (Ibid., 21-22). "Los discípulos no eran unos privilegiados que iban a ser introducidos en la sabiduría esotérica del maestro ni formaban en exclusiva la comunidad de los únicos 'escogidos' para el Reino de Dios. Tampoco era su objetivo la obligación de 'aprender' la interpretación de la Torá propia de su maestro ni la *halaka* ejemplar de la conducta, ni 'servirle' al estilo rabínico. Jesús no necesitaba ni mucho menos, una corte mesiánica." (Hengel, *Seguimiento y carisma,* 107).

– Por su parte, el seguimiento pospascual, como su nombre lo dice, está atravesado por la experiencia de la Pascua, que fue la gran revelación del sentido de la misión y de la persona de Jesús.[29] En tal sentido, el seguimiento es entendido como la comunión con la persona y la obra salvadora del Señor resucitado. No se trata ya del seguimiento real de Jesús en su misión ambulante al servicio del Reino de Dios, sino de la relación con él fundada en la fe.

Los textos neotestamentarios dan cuenta de estas dos comprensiones del seguimiento de Jesús, pues al partir del nivel real, histórico, se llega a reinterpretaciones pospascuales, a partir de otras categorías[30] que tratan de mantenerse en la idea del seguimiento como comunión del creyente con Cristo Jesús.[31] Si bien algunos autores tratan de contraponer

[29] "Fue entonces cuando se descubrió la profunda dimensión cristológica del acontecimiento salvador que Jesús designaba como 'Reino de Dios'. El centro ahora era la esperanza en la pronta 'manifestación' final de aquel Crucificado exaltado al cielo que iba a efectuar la liberación definitiva, cuya conclusión sería la implantación de la total soberanía (Reino) del Dios 'absoluto soberano de todo' […]. En correspondencia con esa 'cristologización' del acontecimiento salvador, también ahora se produce una decisiva concentración cristológica del motivo del 'seguimiento'." (Vidal, "El seguimiento de Jesús en el Nuevo Testamento. Visión general", 23).

[30] Senén Vidal plantea que en el Nuevo Testamento figuran tres tipos de formulaciones fundamentales para releer el seguimiento. El primer tipo expresa la participación del creyente en la misma existencia de Cristo Jesús, a partir de textos bautismales de Pablo y de 1Pedro que utilizan términos como revestirse de Cristo, nuevo nacimiento, tomar la forma de Cristo Jesús, llevar su imagen, habitar en Cristo y vivir con él. Se trata de una variada terminología que da cuenta de los múltiples aspectos de la comunión del creyente con Cristo: participación en su obra salvadora, participación en su destino, configuración con su existencia, que se realiza en una vida nueva. El segundo tipo de formulaciones se refiere a la imitación de Cristo, aplicado –entre otros temas– al comportamiento de Jesús, que se presenta como ejemplo para la vida del creyente. Aparece tanto en los textos paulinos como en otros textos neotestamentarios tardíos. Los paulinos no insisten tanto en la imitación de rasgos concretos de la vida de Jesús sino de la comunión del creyente con Cristo, realzando algún aspecto especial de ella. Los textos tardíos entienden la imitación de Cristo en una dimensión ética concreta. El tercer tipo de formulaciones utiliza una terminología muy semejante a la del seguimiento: se trata del motivo típico del texto a los Hebreos sobre el "caminar del pueblo peregrino" hacia la consumación, siguiendo el "camino" inaugurado por Cristo (cfr. Vidal, "El seguimiento de Jesús en el Nuevo Testamento. Visión general", 26-30).

[31] "El seguimiento del Jesús tanto terreno como resucitado lo es de una persona viva y por ello se trata de una 'presencia' así como de una 'comunión' personal en el camino y la vida –terrena y eternizada– de Jesús; aunque la forma de participación o comunión sea distinta." (Gesteria Garza, "La llamada y el seguimiento de Jesucristo", 34).

de manera radical el seguimiento prepascual y el seguimiento pospascual[32], es necesario insistir en que ambos son dimensiones de una única realidad, que implica una vinculación tanto a la persona como al proyecto de Jesús, su Reino.

> Quien centra toda su vida en el seguimiento de Jesús, en el trabajo por el Reino [...] es porque considera que Jesús no es sólo un ejemplo inspirador, sino […] el único camino de ir hacia el Reino y hacia el Padre. Es el Hijo. Insistir en la universalidad definitiva, insuperable y única de Jesús y en la absoluta incondicionalidad de la entrega que reclama el seguimiento equivale ya a superar la concepción de Jesús como simple "modelo insuperable de ética". Y esa misma superación se encuentra en la insistencia ya referida de participar por parte del seguidor de Jesús en su experiencia fontal y originaria de relación con el Padre que motivó e informó toda su praxis al servicio del Reino.[33]

Jesús, como hombre nuevo, determina la identidad y la misión del cristiano, y así abre para el creyente la posibilidad de moldearse sobre una figura humana cuyo actuar es norma, al ser el propio actuar de Dios.[34] Por tanto, dado que la fe en Jesús implica necesariamente seguirlo, en cuanto identificación con él y con su proyecto, esto se convierte en el punto de partida y contenido mismo de sus exigencias morales; de ahí que la llamada a la salvación en Cristo y la concreción de la respuesta humana a través de su seguimiento constituyen un carácter referencial imprescindible para la identidad de la teología moral.[35]

[32] Ciertos autores plantean una contraposición tan radical entre el seguimiento del Jesús histórico y el del Resucitado, acentuando la dimensión "realística" del primero y desvirtuando más la del segundo por la vía del "recuerdo" de un "ejemplo" anteriormente dado. Esto equivaldría a una infravaloración de la realidad de la resurrección, con el peligro de reducirla a la mera ejemplaridad moral de un prototipo del pasado o a un mero recuerdo celebrativo (cfr. ibid., 34).

[33] Louis Fernández, *¿Qué significa ser cristiano como seguidor de Jesús?*, 35.

[34] Gutiérrez, *Cristología y moral,* 187.

[35] Ibid., 305.

Seguimiento de Jesús como dinamismo fundamental de la vida cristiana

Si la vida cristiana consiste en llegar a ser hijos en el Hijo, ello sólo es posible mediante el seguimiento.[36] Entonces, el seguimiento de Jesús no puede ser abordado como un elemento suelto, un tema o una dimensión de la vida cristiana, sino que se constituye en la caracterización global de la existencia cristiana. En tal sentido, el seguimiento es "una fórmula que expresa el significado total de la existencia cristiana, en lo que tiene ésta de 'relación estrecha' con Jesús de Nazaret confesado como Cristo"[37], que a su vez tiene la "virtualidad de resumir la totalidad de la vida cristiana y de evocarla desde lo concreto".[38]

La vida cristiana consiste en una opción fundamental por Cristo, en darle un sí radical, que implica una identificación con él, y por tanto, un proceso de seguimiento, como mediación única, a través de la cual se le confiesa y se le conoce como Dios hijo.[39] Es decir, que el cristiano es seguidor de Jesús o no es creyente. No se trata de algo opcional, que algunos cristianos pueden escoger y otros no. Se trata de la vida misma cristiana vista en términos dinámicos, como comunión intensa con el Señor y compromiso con su proyecto.

El seguimiento de Jesús primariamente es una relación interpersonal, que implica comunión, amistad, intimidad con él, y en consecuencia, como segundo paso, exige compromiso con su proyecto (el Reino). De ahí que se trate de una categoría condensadora de la vida cristiana, desde la que se pueden fundamentar tanto la espiritualidad como la moral entendidas como caminar según el Espíritu (espíritu) en el compromiso con el Reino de Dios.[40]

---

[36] Afirmación de Francisco Moreno al citar a Jon Sobrino en su libro *Jesús en América Latina* (cfr. Moreno Rejón, *Teología moral desde los pobres. La moral en la reflexión teológica desde América Latina*, 210).

[37] Vidal, *Nueva moral fundamental. El hogar teológico de la ética,* 142.

[38] Castillo, *El seguimiento de Jesús*, 13.

[39] Cfr. Hortelano, *Problemas actuales de moral*, 57; Galilea, *El seguimiento de Cristo*, 22-23.

[40] "Se establece […] una suerte de relación recíproca o una circularidad entre moral y espiritualidad: en cuanto ésta se concibe como experiencia y seguimiento de Cristo, su realización histórica

Esta conciencia de la centralidad del seguimiento de Jesús ha atravesado la historia de la Iglesia, aun cuando se diga que es casi "imposible encontrar en la reflexión teológico-moral antes del siglo XX una comprensión de la vida moral cristiana en clave de seguimiento o un tratamiento elaborado y sistemático del significado moral de esta categoría".[41]

El seguimiento, más que categoría teológica usada para describir la vida cristiana, ha sido una práctica vivida a lo largo del recorrido de la Iglesia. En la época patrística sobresalen tres comprensiones de la vida cristiana que tienen mucho que ver con la vertiente moral del seguimiento: el martirio (forma perfecta de seguir a Jesús imitando su muerte: Ignacio de Antioquia y San Cipriano, entre otros); el monacato se convierte en la expresión más cualificada del seguimiento de Jesús[42], y con San Agustín se aplica esa categoría a todos los cristianos; y mediante la identificación agustiniana entre "seguimiento" e "imitación" será fácil señalar cómo la imitación de Cristo es la forma cristiana común de seguirlo.[43]

Sobre la comprensión de la vida cristiana como martirio, propia de los primeros siglos de la Iglesia, es necesario anotar la estrecha relación que se establece entre ésta y la idea de la imitación de Cristo.[44] "El pen-

---

da lugar a una ética del discipulado; y, a su vez, las exigencias morales de la vida cristiana no se sustentan sin referencia a su fundamento último que es el caminar según el Espíritu de Cristo Jesús […] la reflexión teológica desde América Latina ha abordado la ética y la espiritualidad como aspectos íntimamente unidos: la espiritualidad se verifica en la moral y la moral cristiana brota de la espiritualidad. La formulación de este fenómeno tiene lugar en la propuesta de una ética como espiritualidad o de una espiritualidad como *ethos* cristiano del pueblo." (Moreno Rejón, *Teología moral desde los pobres,* 145-146).

[41] Vidal, *Moral de actitudes,* I, 133.

[42] "Cuando la paz de la Iglesia y, en parte al menos, su secularización, dejó el gran vacío del heroísmo, los monjes se sintieron herederos de los mártires y la profesión monástica fue un sustituto del martirio." (García Cordero *et al*, *Historia de la espiritualidad*).

[43] Cfr. Vidal, *Moral de actitudes,* I, 133-134.

[44] "Ningún autor de los primeros siglos cristianos (como Policarpo o Ignacio) ha hecho hincapié con más entusiasmo en la necesidad de la imitación de Cristo […]. No se trata sólo de la observancia de la ley moral, de acomodarse a las enseñanzas del Señor, sino también de participar de su completo desasimiento, de sus padecimientos, de su muerte […]. El mártir es el imitador de Cristo por excelencia […]. Esta imitación no es, por así decirlo así, exterior. No se trata de

samiento profundo es que los mártires son discípulos e imitadores del Señor, que con su muerte, dieron la suprema prueba de amor a su rey y maestro."[45] Se puede decir entonces que el seguimiento vivido por los primeros cristianos a la manera de martirio es explicado en términos de "imitación del Señor". Esta idea la encontramos de manera destacada en Ignacio de Antioquía.[46] Llama la atención, por lo poco común, una referencia que hace Justino a la idea de seguimiento.[47]

La imitación de Cristo no sólo será la razón para vivir el martirio, sino que estará también en la base de fenómenos como el de las vírgenes, hecho del cual dan testimonio algunos documentos de los primeros siglos de la Iglesia.[48]

En la Edad Media, la idea del seguimiento de Jesús adquiere acentos nuevos con los movimientos espirituales de vuelta al Evangelio: Bernardo de Claraval (imitación de las virtudes de Jesús, espiritualidad

---

reproducir algo que está fuera de nosotros […]. Con profunda convicción inculca San Ignacio la idea paulina de la presencia espiritual y mística del Señor en cada uno de los fieles. Los cristianos son '*teóforos*' (portadores de Dios), '*cristóforos*' (portadores de Cristo), *hagióforo*s (portadores del Santo)." (García Cordero, *Historia de la espiritualidad,* 448).

[45] Ibid., 342.

[46] "El planteamiento de que el cristiano ha de vivir conforme a Jesucristo […] nos lleva al importante concepto de la imitación de Cristo, que Ignacio toma igualmente de Pablo y Juan […]. Acaso ningún autor de la antigüedad cristiana inculca con tanta elocuencia la imitación de Cristo como Ignacio […] pero aquí hay que notar bien que esta imitación es una parte –o un todo– de la vida misma en Cristo Jesús, no la reproducción de un modelo que esté fuera de nosotros […]. Para el cristiano, Jesús no puede ser un modelo en el mismo sentido que Sócrates pudo serlo para sus discípulos. Así pensaba sin género de duda Ignacio de Antioquía. [Para él] la imitación de Cristo está entre otros varios imperativos absolutos." (Ibid., 310).

[47] "'Nosotros mismos, después que hemos creído en el Verbo, nos hemos apartado de los *dé-mones* y, por medio de su Hijo, seguimos al solo Dios ingénito…' Pasaje importante, que deslinda bien los campos. El cristiano, aunque lleve en la médula doctrina platónica, es mucho más que un filósofo. Sigue a Dios –*Deum sequere* era un viejo y sublime imperativo de la filosofía– pero lo sigue por medio de su hijo Jesucristo. No es un seguir abstracto a Dios, sino que está consagrado como una ofrenda *(anáthema)* al Dios ingénito." (Ibid., 327).

[48] "La carta pseudo-clementina (VII, 1-2) es la primera que toca el tema de la virginidad desde la idea de la imitación. Los que imitan a Cristo, valerosamente le imitan. Y es así que quienes de verdad se han revestido de Cristo, reproducen su imagen en sus pensamientos, y en toda su manera de vida, y en todas sus acciones, y en todas sus palabras, y en todos sus hechos, en la paciencia, en la fortaleza, en la ciencia, en la castidad […]. Así pues, nadie, hermano o hermana, que profesa virginidad, podrá salvarse si no es absolutamente como Cristo y como aquellos que son de Cristo." (Ibid., 364).

encarnada: humanismo cristiano); movimientos pauperísticos: franciscanos, dominicos, etc. (seguimiento de Cristo pobre). Es de destacar el gran significado de San Francisco de Asís como imitador radical de Jesús[49], "que se dedica a realizar la más perfecta imitación de Cristo pobre, poniéndose al servicio de los leprosos y necesitados […] Francisco y sus seguidores viven la más literal imitación de la vida de Cristo".[50]

Aunque en esta época, a nivel de reflexión teológica, no aparece explícitamente la categoría de seguimiento, sobresalen dos elaboraciones teológicas: el paradigma ético ejemplarista de San Buenaventura y la tonalidad cristocéntrica de la moral de Santo Tomás.[51]

En la edad Moderna, la categoría de seguimiento entendida en términos de imitación será la que tendrá mayor funcionalidad en el campo de la espiritualidad. Esto se evidencia en la *devotio* moderna, expresada –entre otras– en la obra *La imitación de Cristo;* la vuelta al Evangelio propuesta y realizada por Ludolfo de Sajonia y San Ignacio de Loyola; la escuela carmelitana del siglo XVI; la escuela de espiritualidad francesa del siglo XVII; la referencia espiritual a Cristo, típica del siglo XVIII (San Pablo de la Cruz y San Alfonso María de Ligorio); la recuperación del fondo mistérico del seguimiento de Jesús, a finales del siglo XIX y comienzos del XX, mediante la renovación litúrgica y la reno-vación de la teología sacramental (O. Casel, C. Marrnion, Charles de Foucauld).[52]

[49] "San Francisco se propuso con todo empeño imitar y 'seguir la doctrina y las huellas de Cristo' […]. Nunca, ni antes ni después de San Francisco, se ha dado en Occidente un amor a Jesucristo tan apasionado, empeñado en imitarle hasta en los mínimos detalles, en la letra y en el espíritu." (Boff, *Jesucristo y la liberación del hombre,* 540).

[50] Ibid., 636.

[51] "De Santo Tomás es la afirmación tajante: 'Hay que decir: como ya expuse (q. 184, a. 3 ad 1; q. 185, a. 6 ad 1), la perfección no consiste en la pobreza, sino en seguir a Cristo, según lo que dice San Jerónimo […] dado que no es suficiente con dejar todo, Pedro añadió lo que es perfecto, a saber: Te hemos seguido'." (Vidal, *Nueva moral fundamental,* 135).

[52] Ver a García Cordero, *Historia de la espiritualidad,* 135-136.

Seguimiento de Jesús como lugar de encuentro de la moral y de la espiritualidad

El seguimiento de Jesús como categoría que define la existencia del cristiano se convierte en el criterio articulador y la clave de comprensión tanto de la espiritualidad como de la moral cristianas, en cuanto dimensiones recíprocas del dinamismo de fe, que mantienen su enfoque y acento específico sobre aspectos complementarios de la vida cristiana, a saber: la gratuidad de la iniciativa divina (indicativo), por parte de la espiritualidad, y el carácter vinculante-normativo (imperativo) de la respuesta del hombre por el lado de la moral.[53]

La moral es entendida como respuesta vital a la iniciativa divina, que permite dar cuenta de la primacía de la gracia y del don, y por tanto del amor divino, al cual sólo se puede responder desde una práctica del amor y de la misericordia. Reivindico este punto de partida para rechazar de plano cualquier consideración de la moral como un obrar basado en normas cuyo cumplimiento obtiene una serie de méritos que hacen que Dios actúe misericordiosamente con la persona.

Esto no quiere decir que la moral no implique el obrar, el comportamiento; se trata sobre todo de un estilo de vida[54], pero siempre como resultado de quien ha experimentado primero la bondad misericordiosa y liberadora de Dios. En tal sentido, me parece muy iluminador el planteamiento de Espeja:

> La fuente, el espíritu o nueva ley de la moral evangélica es el encuentro interpersonal con Dios como amor, ágape inclinado a favor de todos […]. El que se siente alcanzado, perdonado, agraciado y acompañado por el Padre miseri-

[53] Ver: Moreno Rejón, *Teología moral desde los pobres,* 166-167.

[54] "Hoy parece claro y evidente que lo que Cristo vino a revelar sobre todo fue un estilo de vida radicalizado en el amor, como el *ethos* básico y fundamental de cualquier comportamiento. Si hay algo definitivo en el Evangelio es que Jesús ha sido el hombre para los demás, el que ha sabido hacer de su existencia un don y una ofrenda permanente a Dios y a los hermanos. Nadie como el Hijo supo imitar la compasión y misericordia del Padre, hasta darla vida por los amigos, como gesto supremo de amor […]. Seguir a Jesús no es andar preocupados tampoco por la propia perfección, sino caminar tras sus huellas, intentando hacer también de la propia vida una ofrenda para ponerla al servicio de Dios y de los hermanos." (López Azpitarte, *Fundamentación de la ética cristiana,* 279).

> cordioso, reacciona con gratitud y procura ser grato y agradable para los demás. La experiencia evangélica de gratuidad tiene sus manifestaciones: (1) Se supera la moral de pureza-impureza por relación a lo que viene de fuera, porque uno experimenta que todos los proyectos se fraguan y maquinan en el corazón donde se acepta o rechaza la cercanía benevolente de Dios. (2) En el impulso de gracia se cumple lo mandado, pero se va más allá: "al que te solicite caminar una milla, vete con él dos"; se avanza con el espíritu de las bienaventuranzas, y la normativa necesaria desempeña su verdadero papel de ayuda y de señalar lo mínimo. (3) La moral compasiva o samaritana […] es la intimidad de Jesús con el Padre que se manifestó en su conducta de buen samaritano […] diálogo en mansedumbre, paciente y generoso; sin pretensión proselitista, sino respetando la libertad de las personas; teniendo en cuenta las condiciones psicológicas y morales del que escucha; compartiendo solidariamente las situaciones de los otros, como hermanos de todos.[55]

La moral cristiana como estilo de vida asumido en respuesta a la propuesta del Padre, implica configurarse y modelarse según la imagen del Hijo[56], que es la norma de normas del creyente. Por tanto, caen por tierra aquellas concepciones de la moral como perfeccionamiento del sujeto, de manera egocéntrica, ya sea en la búsqueda de una realización individualista o en el cumplimiento de normas morales genéricas e impersonales que supuestamente brindarían dicha perfección.

El eje del comportamiento del creyente no puede ser otro que el seguimiento histórico de Jesús en la construcción del Reino de Dios. De esta manera, se garantiza la transformación personal y sociohistórica que Jesús nos trae, y se supera todo individualismo antievangélico que prescinde de la transformación de la historia.[57] Bien dice el papa Juan Pablo II:

> Seguir a Cristo es el fundamento esencial y original de la moral cristiana […] no se trata aquí solamente de escuchar una enseñanza y de cumplir un mandamiento, sino de algo mucho más radical: adherirse a la persona misma de Jesús, compartir su vida y su destino, participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre.[58]

[55] Espeja, *En los surcos de la historia,* I, 404-405.

[56] Ver a Vidal, *Moral de actitudes,* 161.

[57] Ver: Sobrino, *Cristología desde América Latina,* 99.100.

[58] Juan Pablo II, *El esplendor de la verdad,* No. 19, 34-35.

El seguimiento de Jesús como centro de la moral cristiana[59] apunta, antes que a la imitación mecánica[60], a la configuración con Cristo de manera existencial y práxica.[61]

La espiritualidad cristiana, por su parte, no tiene, ni puede tener más origen y más fundamento que la persona de Jesús y su existencia concreta.[62] El Evangelio nos revela la raíz de toda espiritualidad y nos devuelve la exigente simplicidad de la identidad cristiana. Nos enseña que ser discípulo de Jesús es seguirlo, y que en eso consiste la vida cristiana. Jesús exigió fundamentalmente el seguimiento, y todo nuestro cristianismo se construye sobre nuestra respuesta a esta llamada.[63]

La llamada al seguimiento es una iniciativa clara y exclusiva del mismo Jesús. El llamamiento se presenta generalmente como una llamada absoluta, como un "imperativo categórico", a seguir de inmediato,

[59] Cfr. Espeja, *En los surcos de la historia,* I, 403; Vidal, *Moral de actitudes*, 94; "Si hemos elegido el seguimiento como criterio genérico de la moral cristiana, no es porque éste sea una exigencia junto a otras que hizo Jesús, sino porque esa exigencia es la que apunta a reproducir la experiencia global." (Sobrino, *Cristología desde América Latina*, 85).

[60] "Si Jesús aparece en el Evangelio como el modelo por excelencia, no es para copiar su conducta, ni siquiera para escuchar unas pautas de comportamiento concretas y particularizadas. Sería una ingenuidad asombrosa acercarse a su vida para reproducir unos gestos o para extraer de sus palabras, mediante la utilización de unas cuantas citas, orientaciones válidas para solucionar nuestro problemas éticos y saber cómo actuar. Y esto por dos razones fundamentales, pues Jesús no ha venido para enseñarnos ningún código completo de moral ni sus enseñanzas podrían ser aplicadas a nuestra situación sin una previa hermenéutica." (López Azpitarte, *fundamentación de la ética cristiana*, 279). "No se puede imitar a Cristo como se hace con un héroe, un mero modelo o prototipo humano. Antes bien la singular filiación divina de Jesús es la que conlleva una 'semejanza filial' (y fraternal) a la que él incorpora a sus discípulos, en una nueva forma de participación. Por otra parte, no cabe olvidar que la resurrección sitúa a Jesús en una nueva perspectiva: no en la categoría de un mero modelo terreno a imitar, sino en la del Viviente por antonomasia, y como tal, dador de vida." (Fernández, *El Cristo del seguimiento*, 67-68).

[61] "Estamos pues, ante una ética declaradamente cristocéntrica, en clave de seguimiento, la cual evidentemente, se aproxima a la espiritualidad. De esta manera, la moral cristiana llega a plantearse también como el seguimiento de Cristo Jesús a través de una praxis liberadora." (Moreno Rejón, *Teología moral desde los pobres,* 144-145).

[62] "El encuentro inicial con el Señor es el punto de partida del seguimiento, del discipulado. Ese camino es lo que San Pablo llama 'caminar según el Espíritu' (Rm 8,4). Eso es también lo que llamamos corrientemente espiritualidad." (Gutiérrez, *Beber en su propio pozo en el itinerario espiritual de un pueblo*, 74).

[63] Galilea, *El seguimiento de Cristo*, 9.

en el que se destaca con fuerza la iniciativa de Jesús: de él proviene siempre la llamada inicial, dirigida de forma incondicional a personas concretas.[64]

La espiritualidad cristiana es necesariamente una espiritualidad del seguimiento de Jesús[65], que implica la acogida de la llamada que él hace, el establecimiento de una relación interpersonal profunda y la comunión vital con él, y, finalmente, su traducción en una forma de vida movida por el Espíritu.[66] Al respecto, vale la pena anotar la precisión que sobre espiritualidad cristiana hace Segundo Galilea:

> La originalidad y la autenticidad de la espiritualidad cristiana consiste en que seguimos a un Dios que asumió la condición humana; que tuvo una historia como la nuestra; que vivió nuestras experiencias; que hizo opciones; que se entregó a una causa por la cual sufrió, tuvo éxitos, alegrías y fracasos, por la cual entregó su vida. Ese hombre, Jesús de Nazaret, igual a nosotros menos en el pecado, en el cual habitaba la plenitud de Dios, es el modelo único de nuestro seguimiento. Por eso, el punto de arranque de nuestra espiritualidad cristiana es el encuentro con la humanidad de Jesús. Eso le da a la espiritualidad cristiana todo su realismo.[67]

El seguimiento de Jesús, por tanto, se convierte en el "lugar" de encuentro de la espiritualidad y de la moral cristianas. La recuperación de esta categoría evangélica, gracias la teología latinoamericana[68], entre otras cosas, permite zanjar la confrontación secular entre espiritualidad y

[64] Gesteira Garza, "La llamada y el seguimiento de Jesucristo", 52-52.

[65] Sols Lucía, *La teología histórica de Ignacio Ellacuría,* 231.

[66] "El seguir a Jesús desemboca en lo que se podría llamar ética del discipulado: este es el significado del término 'camino' *(hodós),* que puede ser traducido igualmente por 'conducta'. Definir el camino sería definir la moral cristiana, es decir, la manera con la cual los cristianos buscan realizar el servicio a Dios a través de toda su conducta. Desde su fundamento bíblico, por tanto, la espiritualidad cristiana confluye en la ética: son aspectos inseparables en la vida del creyente." (Moreno Rejón, *Teología moral desde los pobres*, 144).

[67] Galilea, *El seguimiento de Cristo,* 21.

[68] "El carácter cristocéntrico, formulado en clave de seguimiento es otro rasgo propio de la teología de la espiritualidad latinoamericana. Se trata de explicitar así el profundo sentido bíblico y cristiano de esa espiritualidad: reducida a su esencia, la vida cristiana consiste, obviamente, en el seguimiento de Cristo […]. La referencia a la componente moral de la espiritualidad viene expresamente desarrollada en la teología espiritual latinoamericana." (Ibid., 143-144).

moral, y a su vez, abandonar aquella concepción típica de los manuales, que proponía la moral como la ciencia de los preceptos obligatorios y la espiritualidad como la disciplina de los consejos para la vida de perfección.[69]

La relación entre espiritualidad y ética que puede ser planteada bien desde la insistencia en lo integrador complementario, o bien desde el énfasis en los elementos diferenciadores, tiende hoy a moverse más en una posición de síntesis, que afirma la tensión dialéctica, sin caer ni en anulación ni en confusión identificadora. Esta posición plantea que lo espiritual se verifica en lo moral y viceversa, que lo moral se dinamiza con la fuerza de lo espiritual, sin negar la especificidad de las dos dimensiones, sino que la afirma como algo fundado vitalmente en una relación recíproca.[70]

La vida cristiana entendida como un caminar según el Espíritu, que comporta una praxis determinada, es el espacio donde se da la más profunda unión entre lo espiritual y lo moral. Mientras la espiritualidad pondrá de relieve los aspectos que se refieren más específicamente a la acción del Espíritu, en consecuencia, insistirá más en el aspecto de gratuidad y en el indicativo de las exigencias evangélicas. La ética pondrá de relieve la dimensión histórico-secular de la praxis cristiana, privilegiando metodológicamente el carácter normativo (indicativo obligante) de la vida de fe.[71]

Se puede afirmar que si la vivencia del seguimiento histórico de Jesús según el Espíritu conforma la espiritualidad cristiana, entonces la moral es la experiencia de la espiritualidad.[72] Por tanto, en la base de ambas se halla la experiencia de encuentro existencial, personal e histórico con Dios, fuente de toda actuación y reflexión desde la fe.

[69] Novoa, *Una perspectiva latinoamericana de la teología moral,* 81.

[70] Moreno Rejón, *Teología moral desde los pobres,* 148-149.

[71] Ibid., 152.

[72] Novoa, *Una perspectiva latinoamericana de la teología moral,* 132.

Seguimiento: adhesión a la persona de Jesús y compromiso con su proyecto del Reino Dios

El Evangelio de Marcos nos presenta de manera concisa las dos finalidades del seguimiento de Jesús:

> Y subió al monte y convocó a los que él quiso y ellos fueron hacia él. Y él constituyó Doce, (a los que llamó apóstoles) para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar y que tuvieran autoridad para expulsar demonios. (Mc 3,13-15).

Se trata del texto en el que Jesús convoca y constituye el grupo de los Doce. En él es claro que cuando los discípulos responden a la llamada de Jesús, van directamente hacia él y se ligan a su persona. Este aspecto será reafirmado cuando el texto plantee como primera finalidad del discipulado "estar con Jesús", es decir, ir en comunión íntima y vital con él. La segunda finalidad que refiere el texto consiste en la predicación y expulsión de demonios, es decir, una finalidad misional. Los discípulos son convocados para estar con Jesús en función de su proyecto y de su causa, que no es otra que el Reino de Dios.

La vida cristiana entendida en clave de seguimiento de Jesús se refiere a la persona misma de Jesús y sólo a su persona. Por tanto, hay seguimiento de Jesús donde hay relación personal con él. Esto significa que no se sigue una ideología, ni un conjunto de verdades o principios teóricos, ni una normativa más o menos exigente, ni siquiera un proyecto del tipo que sea. Aunque todo esto puede estar incluido en el seguimiento, la esencia y el centro mismo lo constituye adherirse a Jesús, comprometerse con él, vivir en relación a él y para él…

Todo ello quiere decir que la fe comporta una confianza absoluta en Jesús y, en ese sentido, una adhesión incondicional a su persona.[73] José María Castillo precisa más este carácter personal e interrelacional del seguimiento, cuando dice:

[73] Castillo, *El seguimiento de Jesús,* 81; "Jesús pide que le sigan a él; su persona es la que predomina. No se trata de seguir un programa, ni siguiera el proyecto de un Reino de Dios teórico, sino 'personificado'; tal como se concreta en la persona y el camino de Jesús." (Gesteira Garza, "La llamada y el seguimiento de Jesucristo", 55.

> Si el centro del seguimiento no es una idea o un proyecto, sino una persona, eso quiere decir que el seguimiento no consiste en un convencimiento doctrinal o en un propósito firme de la voluntad, sino que consiste esencialmente en una experiencia concreta y suficientemente delimitada: la experiencia de un encuentro personal con Jesús. Es decir, no se trata sólo de estar persuadidos de quién es Jesús y de lo que él representa para cualquier hombre; como tampoco se trata solamente de querer, con un propósito firme, seguir el Evangelio o las enseñanzas de Cristo. De lo que se trata esencialmente es de sentirse de tal manera atraído y hasta arrastrado por la experiencia personal de Jesús, que esa atracción sea la que determina nuestras opciones y nuestros rechazos, nuestras atracciones y nuestras repugnancias, lo que hacemos y lo que dejamos de hacer. A fin de cuentas, se trata de la experiencia esencial de la vida, la experiencia del encuentro, no con "algo" sino con "alguien". Y eso es lo importante: convencerse de que Jesús no es una idea o un proyecto, sino una persona viviente, con quien yo me puedo relacionar hoy, aquí y ahora.[74]

El seguimiento, si está ligado vitalmente a la persona de Jesús, debe conducir al compromiso con su causa y su proyecto, que no es otro que el Reino de Dios, dado que el Reino es indisociable de la persona de Jesús.[75]

Los evangelios muestran que Jesús centró su vida y acción en el Reino de Dios y en el Dios padre del Reino, y de ahí su relación filial y su referencia permanente a él. Las actitudes fundamentales que han configurado la persona, el hacer y el decir de Jesús nos muestran el camino de ser hijos en el Hijo, fundamentalmente, a partir de la

> …actitud radical de descentramiento de sí mismo, siendo puro ser-en-relación de fidelidad filial con el Padre *(Abba),* Dios del Reino. Actitud de servicio incondicional al Reino, siendo enteramente para-los-demás desde su libertad total y su amor que le lleva a dar su vida por los hermanos.[76]

[74] Ibid., 89.

[75] Gesteira Garza, "La llamada y el seguimiento de Jesucristo", 57. "El Reino de Dios constituye el corazón (geocéntrico) del mensaje y de la vida de Jesús, el centro y núcleo de su predicación […]. Es correcto afirmar que no se puede comprender el significado del Reino separándolo de Jesús, pues es precisamente en él donde adquiere su fisonomía concreta. Es igualmente importante resaltar que no se da una verdadera comprensión de Jesús fuera de su relación con el Reino de Dios. En nombre de una concentración en el mediador, no podemos relegar a segundo plano las exigencias de la mediación del Reino (la realización histórica de la voluntad del Padre)." (Couto Teixeira, Faustino. *La espiritualidad del seguimiento,* 14-15).

[76] Lois Fernández, *¿Qué significa ser cristiano como seguidor de Jesús?,* 40.

Por tanto, el seguimiento de Jesús implica el proseguimiento de su proyecto, y la continuación de su actividad esencial: el Reino de Dios, que pasa por

> …la conformación de un hombre y una sociedad nuevos, en la cual por la fuerza del Espíritu, la humanidad irá superando toda injusticia y toda opresión en una fraternidad entre las personas cada vez mayor hasta llegar a la total comunión y participación.[77]

El Reino de Dios como realidad última y trascendente exige realizaciones históricas concretas que manifiesten un cambio radical en todos los niveles de la existencia. A esto las conferencias episcopales de Medellín y Puebla llamaron "liberación integral"; liberación que se concreta en el compromiso transformador con los pobres[78], las primeras víctimas de la opresión y deshumanización, y a su vez los destinatarios privilegiados de la acción de Jesús.

> Reino de Dios significaba para sus oyentes la realización de una esperanza para el mundo, la superación de todas las alienaciones humanas, la destrucción de todo el mal, ya físico o moral, del pecado, del odio, de la desunión, del dolor y de la muerte. Reino de Dios sería la manifestación de la soberanía y del señorío de Dios sobre este mundo siniestro, dominado por las fuerzas satánicas en lucha contra las fuerzas del bien, y la afirmación de que Dios es el sentido último de este mundo; él intervendrá en breve y sanará en sus fundamentos toda la creación, instaurando el nuevo cielo y la nueva tierra.[79]

Conclusión

Al llegar al final de este trabajo quiero señalar los siguientes elementos a manera de conclusión:

[77] Novoa, *Una perspectiva latinoamericana de la teología moral,* 42.

[78] Novoa habla de tres dimensiones del compromiso del creyente con los pobres: (a) lucha por la superación de las injustas condiciones de pobreza y despojo a nivel económico, político, social y cultural; (b) despojo del egoísmo para confiar sólo en el Señor, actitud de pobreza espiritual o evangélica o de infancia espiritual; y (c) búsqueda de compartir en la vida cotidiana las condiciones de despojo material que deben soportar los pobres (cfr. ibid., 107).

[79] Boff, *Jesucristo y la liberación del hombre,* 85-86.

– La vida cristiana posee una estructura básica de llamada y respuesta que da cuenta del dinamismo relacional que acontece en la revelación. Dios (tri-uno), que no revela tanto un conjunto de verdades, normas o doctrinas, sino que se revela a sí mismo. El Hijo, como manifestación plena del Padre, sella el modo de ser divino de oferta y donación permanente, que sale en búsqueda del hombre para proponerle un proyecto de vida plena.

– Jesús, el hijo, no sólo es la máxima, última y definitiva revelación de Dios sino es, a su vez, el modelo de respuesta humana a la iniciativa amorosa del Padre. Él es el obediente y fiel por excelencia que se jugó su vida, en favor del Reino de Dios y del Dios padre del Reino.

– La única relación creyente que se puede establecer con Jesús es la del seguimiento, que implica comunión íntima y vital con él como el totalmente otro, con quien puedo entrar en relación personal, y a su vez compromiso efectivo con su proyecto del Reino de Dios. De ahí que el seguimiento sea una categoría evangélica y teológica que expresa la globalidad de la vida cristiana, y que por tanto se convierte en lugar de encuentro de la moral y la espiritualidad cristianas.

– Desde la estructura cristiana de llamada y respuesta, típica del seguimiento, la moral cristiana aparece como la respuesta que el creyente da a la propuesta de Jesús mediante un estilo de vida que encarna los va-lores del Reino, realizados en él; y a través del compromiso efectivo con el Reino, en el empeño decidido por la transformación social a todos los niveles, desde una clara opción por los pobres.

– La espiritualidad como seguimiento de Jesús en el Espíritu[80] da cuenta de la primacía de la gracia y de la iniciativa divina, que requiere y conlleva a un encuentro profundo, íntimo e interpersonal con Jesús, que atestigua que lo que se asume es el seguimiento de una persona y no de una idea, un programa o un conjunto de normas, que obviamente se traduce en un modo de ser, vivir y obrar.

[80] "El seguimiento dice referencia al Jesús histórico y al Espíritu derramado con su exaltación a la derecha del Padre. Sin el Espíritu que está presente en la historia y suscita siempre nuevas respuestas, el seguimiento puede degenerar en mimetismo servil anacrónico." (Lois Fernández, *¿Qué significa ser cristiano como seguidor de Jesús?*, 22).

En una síntesis final, cabe decir que el seguimiento de Cristo de algún modo compendia todo el misterio cristiano. Por una parte, es signo de la "autoridad" singular de Jesús y exponente de su estrecha vinculación al Dios, que llama sin cesar al hombre. Y por otra, es adecuada expresión de todo el entramado de la salvación. Una salvación que no deberá ser entendida desde la mera obediencia a unos preceptos, sino como respuesta a una llamada personal percibida como "elección" gratuita que nos invita no a una mera "imitación" exterior sino a una incorporación a la persona y al camino de Jesús como "vida entregada por todos".[81]

Bibliografía

Arzubialde, Santiago. "Configuración (Rm 8,29) y vida en Cristo." En *El seguimiento de Cristo,* dirigido por J.M. García Lomas y J.R. García Murga, 73-129. Madrid: Universidad Pontificia Comillas, PPC, 1997.

Boff, Leonardo. *Jesucristo y la liberación del hombre.* Madrid: Cristiandad, 1981.

Cantera, Francisco e Iglesias, Manuel (eds.). *Sagrada Biblia. Versión crítica sobre los textos hebreo, arameo y griego.* Madrid: BAC, 2003.

Castillo, José María. *El seguimiento de Jesús*. Salamanca: Sígueme, 1992.

Celam. *IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Santo Domingo*. *Conclusiones.* Bogotá: Paulinas, 1999.

Couto Teixeira, Faustino. *La espiritualidad del seguimiento*. México: Dabar, 1996.

Demmer, K. y Schüller, B. *Fede cristiana e agire morale*. Assisi: Citadella, 1980.

Espeja Pardo, Jesús. *En los surcos de la historia*. I. *Pasión por Dios revelado en Jesucristo*. Salamanca: San Esteban, 2006.

_____. *En los surcos de la historia*. II *Pasión por una Iglesia testigo del Evangelio*. Salamanca: San Esteban, 2006.

Fernández, Bonifacio. *El Cristo del seguimiento*. Madrid: Publicaciones Claretianas, 1995.

[81] Gesteira Garza, "La llamada y el seguimiento de Jesucristo", 72.

Galilea, Segundo. *El seguimiento de Cristo*. Bogotá: Paulinas, 1978.

García Cordero, Maximiliano *et al*. *Historia de la espiritualidad*. Barcelona: Juan Flors, 1969.

Gesteria Garza, Manuel. "La llamada y el seguimiento de Jesucristo." En *El seguimiento de Cristo,* dirigido por J.M. García Lomas y J.R. García Murga, 33-72. Madrid: Universidad Pontificia Comillas, PPC, 1997.

Gutiérrez Cuervo, Rafael. *Cristología y moral: el seguimiento de Jesucristo como compromiso con la justicia*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Facultad Teología, 2004.

Gutiérrez, Gustavo. *Beber en su propio pozo* e*n el itinerario espiritual de un pueblo*. Salamanca: Sígueme, 1984.

Hengel, Martin. *Seguimiento y carisma. La radicalidad de la llamada de Jesús*. Santander: Sal Terrae, 1968.

Hortelano, Antonio. *Problemas actuales de moral.* Vol. I. *Introducción a la teología moral. La conciencia moral.* Salamanca: Sígueme, 1981.

Juan Pablo II. *El esplendor de la verdad*. Bogotá: Paulinas, 1993.

Lois Fernández, Juan. *¿Qué significa ser cristiano como seguidor de Jesús?* Madrid: Fundación Santa María, 1982.

López Azpitarte, E. *Fundamentación de la ética cristiana*. Madrid: Paulinas, 1991.

Moreno Rejón, Francisco. *Teología moral desde los pobres. La moral en la reflexión teológica desde América Latina*. Madrid: Covarrubias, 1986.

Novoa, Carlos. *Una perspectiva latinoamericana de la teología moral.* Colección Teología Hoy No. 30. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana-Centro Editorial Javeriano, 2001.

_____. *El seguimiento histórico de Jesús según el espíritu. Formación de la conciencia moral.* Colección Teología hoy No. 22. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología, 2003.

Schillebeeckx, Edward. *Dios y el hombre. Ensayos teológicos*. Salamanca: Sígueme, 1969.

_____. *Jesús. La historia de un viviente*. Madrid: Cristiandad, 1981.

Sobrino, J. *Cristología desde América Latina. Esbozo a partir del seguimiento del Jesús histórico*. México: CRT, 1977.

_____. *Jesús en América Latina. Su significado para la fe y la cristología.* Santander: Sal Terrae, 1982.

Sols Lucia, José. *La teología histórica de Ignacio Ellacuría*. Madrid: Trotta, 1999.

Vidal, Marciano. *Moral de actitudes*. Tomo I. Madrid: Covarrubias, 1981.

_____. *Nueva moral fundamental. El hogar teológico de la ética*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2000.

Vidal, Senén. "El seguimiento de Jesús en el Nuevo Testamento. Visión general." En *El seguimiento de Cristo,* dirigido por J.M. García Lomas y J.R. García Murga, 13-28. Madrid: Universidad Pontificia Comillas, PPC, 1997.

Wandenfels, Hans. *Teología fundamental contextual*. Salamanca: Sígueme, 1994.